

el tiempo y el lugar en el arte

HACER un arte que responda a nuestro tiempo...», «... hacer un arte que tenga el lenguaje de nuestro tiempo. La consigna tiene la cadencia monótona de las arcaicas cantilenas y, como ellas, tiene el sonido hueco de las cosas sin contenido. Se remite a esa fórmula toda posible o toda necesaria justificación y asunto concluido. No se dice nunca por qué un lenguaje del arte es necesariamente de nuestro tiempo, ni por qué nuestro tiempo tiene que expresarse artísticamente con ese lenguaje de manera necesaria. Se identifica a lo que es «arte de nuestro tiempo» por un cierto aire generacional, pero no atendiendo a la raíz de su interna necesidad. Nunca se dice que «lo que pasa en el arte» pasa también, de manera inevitable, por la vida y que, como lo que pasa en la vida está en el tiempo, el arte adquiere por ello un «aire de su tiempo». No es a eso a lo que quiero referirme aquí, aun cuando es problema que me propongo tratar en breve desde estas mismas páginas.

Quiero referirme hoy a este otro problema: Todos los «universales» —entrecorrimiento el término para significar el carácter metafórico con que lo uso—, todos los «universales» del pensamiento estético levantan con gallardía la bandera de «su tiempo»; todos los «castizos» levantan la bandera de su lugar o del lugar del arte de que tratan, pero ninguno establece la relación inevitable que existe entre un tiempo y un lugar en un arte determinado. Uso del término «lugar» y no «espacio» para evitar confusiones.

En efecto, se podría decir que, con respecto a ese problema, toda la estimativa del arte descansa sobre dos posiciones antagónicas: la de «los esperantistas» y la de «los castizos». Los esperantistas nos dirán que hoy el lenguaje del arte es «internacional», que han desaparecido las barreras particularizadoras y que no hay más que un lenguaje del tiempo. Los castizos argumentarán a su vez que todo arte está condicionado por constantes nacionales o regionales y por una especie de ser profundo y metafísico de los artistas y los pueblos.

A mí se me figura que esa contradicción se resuelve teniendo en cuenta que el arte es universal precisamente por ser histórico. Y un fenómeno no es histórico solamente en razón de su estricta temporalidad, sino también con relación al escenario donde se produce. Dicho con otras palabras, que la universalidad del arte se realiza «bajo condiciones». Un artista responde a la llamada de su tiempo interponiendo «condiciones solariegas». De esa manera, Velázquez es, al mismo tiempo, pintor español y hombre de su tiempo. La estimativa crítica contemporánea, tan sensible a la circunstancia temporal, tan exigente de que cada artista «corresponda a su tiempo», ha desdénado la prueba de su origen, cuando no la ha señalado torpemente, o bien como un dato negativo —como una circunstancia «provincial» mórbida y extemporánea—, o bien, como una esencia inalterable. Y es que, en realidad, la crítica contemporánea se ha caracterizado siempre por su falta de sentido histórico. El origen de esa atrofia no está en la crítica misma, sino en la medula de todo el pensamiento burgués que la produce. Se trata de la incapacidad de comprender todo fenómeno de hoy como historia del mundo. Para esa crítica, «historias» quiere decir simplemente pasado y, algo más, tiempo pasado. Imposibilitada por su origen para comprender al arte actual como historia, es incapaz de tener una noción de la historia que englobe al tiempo y al lugar, que tenga en cuenta sus mutuos condicionamientos, que considere al acontecimiento histórico en que consiste un arte como dado en el cruce de una coordenada de lugar y tiempo. Lo normal es que se haga referencia al «tiempo» y al «lugar», pero como a dos «esencias» sin conexión, como si se tratara de un tiempo abstracto y un lugar inalterable. Claro está que se insiste —demasiado— en un arte que «corresponda a nuestro tiempo». Pero se trata de un tiempo inanimado porque le falta su condición mínima de habitabilidad. En ocasiones, se reconoce al lugar. Pero como no se trata ya de un lugar en permanente mutación, sino de algo igual a sí mismo, no interfiere ni dinamiza por el tiempo, salen a relucir esencias inefables. El lugar, para esa crítica, es el signo de una invariante. La pintura española, por ejemplo, es «dramática» o «realista» porque ésa es «la esencia» de lo español. No se percata esa crítica de que el «dramatismo» o el «realismo» son también históricos con sentido y dimensión temporal; tienen una edad aun cuando hayan vivido durante siglos. Inversamente, se denuncia en ciertos artistas genuinos lo que parece localismo. Con la imagen de lo que se hace en la última hora de Europa como arquetipo, se exige que se abandone lo que se hace en ciertas latitudes como testimonio. Como diría Machado, «los novedosos apedrean a los originales».

Ser universal no es estar iniciado en el esperanto del arte; es poseer un idioma del arte admitido por el código general. Gracias a ese código, se convive en una «unidad esencial del espíritu», pero no se forma parte de ella sin que previamente le sean reconocidas en reciprocidad ciertas condiciones «idiomáticas». Hay, pues, algo como un implícito pacto de coexistencias, en el que la casta y la universalidad conviven sin que ello signifique aniquilación de cualquiera de esos factores. Todo artista verdadero es universal bajo condiciones diferenciales, es decir, forma parte de una unidad esencial del espíritu, pero está en ella señalado por la marca de su familia y de su especie. El artista —esto es, el capacitado para testimoniar— es, así, una especie de ser salvado de dos corrientes enemigas: la que trata de hacer de él un «castizo» y la que pretende convertirlo en un «esperantista».

JOSE MARIA MORENO GALVAN

las vitaminas

LAS vitaminas tienen una función muy especial en nuestra alimentación; ellas no producen calorías, como lo hacen las grasas y los hidratos de carbono, ni sirven para formar las células de que está compuesto nuestro cuerpo, misión reservada especialmente a las proteínas y los minerales como el calcio, el fósforo y el hierro. Las vitaminas tienen un papel, en cierto sentido, más delicado, ya que contribuyen a coordinar las diversas funciones del cuerpo, haciendo que las actividades celulares se realicen de un modo equilibrado y armónico. Las vitaminas son, por consiguiente, elementos indispensables para conservar la salud, la eficiencia y el completo bienestar y su falta origina rápidamente, en efecto, la aparición de una grave enfermedad llamada «avitaminosis», que pone de manifiesto un profundo desequilibrio funcional.

En las naciones civilizadas, la avitaminosis, es decir, el raquitismo en formas más graves, el escorbuto y otras semejantes, ya sólo representan un recuerdo del pasado; en cambio, son muy frecuentes, y quizá más que en otro tiempo, en una estrecha relación con la vida moderna, los trastornos debidos a una relativa escasez de vitaminas o «hipovitaminosis». Los procedimientos de preparación, manipulación y conservación de los alimentos; las afecciones gastrointestinales que impiden la normal absorción, el crecimiento corporal, el embarazo, la lactancia, la vejez o las enfermedades infecciosas y febriles. Estas son las principales causas de la hipovitaminosis. Los síntomas se caracterizan por el cansancio al mínimo esfuerzo, inapetencia, propensión a las hemorragias (por ejemplo, por la nariz), dolor de cabeza, anemia, lento desarrollo en los niños y una resistencia cada vez menor a las infecciones.

En el invierno, especialmente por su acción antiinfecciosa contra las enfermedades debidas al enfriamiento, tiene una especial importancia la vitamina C, que es un real y verdadero tónico fisiológico. Esta vitamina se encuentra, principalmente, en los agrios (naranjas, mandarinas y limones), en los tomates y en las ensaladas verdes. Las naranjas contienen de 40 a 80 mg. de vitamina C por cada 100 gramos de sustancia comestible; las mandarinas, 20 mg.; los limones, de 40 a 80 mg., y los tomates, de 25 a 40 mg. En menor cantidad, pero siempre bastante elevada, se encuentran en las verduras. Quizá sea oportuno aclarar, para quien se atreva de ver que se habla de miligramos, que las vitaminas actúan en cantidades pequeñísimas. La cantidad media de vitamina C que se necesita diariamente es, para los adultos, de 60 a 80 miligramos, y para los niños, de 30 a 60 mg.; pero téngase en cuenta que hoy no hay que temer suministrar cantidades mayores, ya que el exceso no es nocivo para la salud, mientras que, como se ha dicho, la escasez de vitaminas puede acarrear graves perjuicios.

Los alimentos de que estamos hablando, además de la vitamina C, proporcionan fosfatos, potasio, magnesio, hierro y vitaminas A y B. Por otra parte, son muy agradables para todos, niños y adultos, en diversas formas, por ejemplo: jugos o sumos que transforman los agrios en gustosas bebidas o en conservas, como para el tomate, que es uno de los condimentos más apreciados, mientras que las ensaladas, gracias a la adición de aceite, resultan también nutritivas y caloríficas.

Aparte de servir para las personas sanas, estos alimentos están indicados también en muchas enfermedades. El tomate en ensalada o en forma de conserva puede suministrarse a los que padecen del corazón, de hipertensión, de nefritis, del hígado o de diabetes. El sumo de naranja tiene unas aplicaciones más amplias y puede decirse que es una bebida ideal para cualquier enfermo. El sumo de los agrios diluido en partes iguales con agua azucarada o sacarinada, debe darse también, desde las primeras semanas de vida, a los niños criados con lactancia artificial.

Prof. DI AICHELBERG